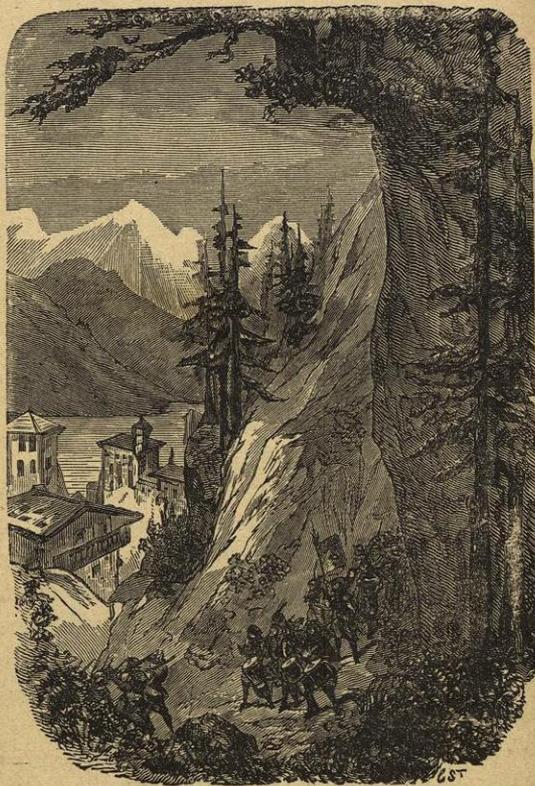


y maltrataban á las personas y así de mal en peor se pasaron veinte días, que en otras tantas divisiones estaba distribuido el ejército

Colico fué el primer pueblo del Ducado que invadieron



Se oía morir á lo léjos el ruido de las cajas.

aquellas furias infernales ; pasaron luégo á Bellano, y de allí entraron y se diseminaron despues por la Valasina, de donde desembocaron en el territorio de Lecco.

CAPÍTULO XXIX

Aquí entre los pobres atemorizados hallamos algunos de nuestros conocidos.

Quien no vió á D. Abundo el día que se divulgaron de golpe todas las noticias de la entrada del ejército alemán, de su inmediacion y de su conducta, no sabe bien lo que es apuro y espanto. « ¡ Ay, que ya vienen ! son treinta, cuarenta, cincuenta mil ; son demonios del infierno, arrianos ; son herejes ; han saqueado á Cortenova ; han incendiado á Primaluna ; están devastando á Introbio, Pasturo y Barsio ; los han visto en Balabio, y mañana los tendremos aquí. » Estas eran las voces que corrian de boca en boca ; y con ellas, ¡ qué correr de arriba abajo ! ; qué consultas tumultuosas ! ; qué titubear entre irse y quedarse ! ; qué juntarse las mujeres ! y ¡ qué tirarse de las greñas ! D. Abundo, resuelto ántes que todos y más que todos á huir de cualquiera manera á cualquier punto de refugio, veía obstáculos insuperables y peligros espantosos. « ¿ Cómo ir ? exclamaba, ¿ y dónde ? » Las sierras, dejando aparte la dificultad de los caminos, no era un asilo seguro, pues afirmaban que los Lanziquenescos (1) trepaban como gatos por ellas, como supiesen que habia algo que robar ; el lago iba creciendo, hacía mucho viento ; además la mayor parte de los barqueros, temiendo verse obligados á conducir soldados ó bagajes, se habian retirado con sus barcas á la orilla opuesta ; unas pocas que habian quedado salieron luégo tan cargadas de gente, que se decia que con el peso y la furia del viento estaban expuestas á zozobrar á cada instante. Para ir léjos y fuera del camino que debía de tomar la tropa, no era posible hallar ni carruaje, ni otro medio alguno. Á pié D. Abundo no hubiera podido llegar muy

1. Nombre que daban á ciertas tropas alemanas.

léjos, y ademas temia que le alcanzasen en el camino. La frontera del territorio de Bérgamo no estaba tan distante que sus piernas no lo pudiesen llevar allá de un tiron; pero ya habia corrido la voz de haberse despachado de Bérgamo á marchas forzadas un escuadron de Capeletes (1) que contuviesen á los Lanziquenescos, é hiciese respetar la frontera; ademas que aquellos eran diablos en carne humana, iguales ó peores que estos. Atolondrado el pobre hombre, corria por la casa detras de Perpétua para concertar con ella algun arbitrio; pero Perpétua, ocupada en recoger lo mejor de la casa y ocultarlo en escondrijos y agujeros, pasaba de prisa preocupada y afanosa con las manos y los brazos ocupados, y contestaba:

— Ahora, ahora, en cuanto acabe de esconder estas cosas, y luégo haremos tambien nosotros lo que hagan los demas.

D. Abundo, sin embargo, queria detenerla para deliberar con ella acerca de los diferentes partidos que pudieran tomarse; pero Perpétua, entre la fatiga, la prisa, el miedo y la pesadez del amo, estaba más intratable que nunca. « Si los otros se ingenian, decia, nosotros tambien nos ingeniaremos; perdonad, pero de nada servís sino para empantanarme. ¿Creéis que los otros no tienen tambien su pellejo que guardar? ¿Vienen acaso los soldados á haceros la guerra á vos solo? Bien pudierais echar aquí una mano en lugar de venir á metérseme entre los piés, gimoteando, á estorbar, en una palabra. » Con estas y otras semejantes respuestas se desembarazaba de él, estando ya resuelta, en cuanto concluyese aquella tumultuosa maniobra, á cogerle de un brazo como un muchacho, y arrastrarle á una sierra. Dejada solo, se asomaba á la ventana, miraba, aplicaba el oído, y viendo pasar alguno, le gritaba con una voz entre llorona y gruñidora: « Oyes, ten la caridad de buscarle á tu cura párroco algun caballo, una mula, un borrico. ¿Es posible que nadie me quiera socorrer? ¡Qué gente! aguardadme á lo ménos que

1. Así llamaban á los soldados de la república de Venecia.

me vaya con vosotros. ¿Queréis dejarme entre las uñas de esos perros? ¿No sabéis que casi todos son luteranos y es una obra meritoria para ellos el matar á un cura? ¿Queréis dejarme aquí á recibir el martirio? ¡Qué gente! ¡Qué gente!»

Pero ¿á quién decia todas estas cosas? Á infelices que pasaban agobiados bajo el peso de su pobre ajuar, y con el pensamiento ocupado en lo que dejaban expuesto al saqueo, unos echando delante su vaquilla, otros trayendo detras á sus hijitos tambien cargados con lo que segun su edad podian, y su mujer llevando en brazos á los que no podian andar. Algunos seguian su camino sin responder ni mirar arriba, y otros contestaban:

— Señor Cura, compóngase usted como pueda: ¡dichoso usted que no tiene familia en que pensar! Ingeniaos como todos lo hacemos.

— ¡Desgraciado de mí! — exclamaba D. Abundo. — ¡Qué gente! ¡Qué corazones! No hay caridad; todos piensan en sí: ¡nadie me hace caso!

Y volvió luégo donde estaba Perpétua.

— Ahora que me acuerdo, — le dijo esta. — ¿Y el dinero?

— ¿Cómo haremos?

— Démelo usted, que iré á enterrarlo aquí en el huerto con los cubiertos.

— Pero...

— ¡Qué pero! ¡qué pero! Dádmelo aprisa: guardad alguna moneda suelta por lo que pueda ofrecerse, y en lo demas dejadme á mí.

Obedeció D. Abundo: marchó al escritorio; sacó su talego, y se lo entregó á Perpétua, quien dijo:

— Voy á enterrarlo en el huerto al pié de la higuera.

Así lo hizo, y volvió luégo con un canasto pequeño en que metió municiones de boca y un cuévano grandecito en cuyo fondo colocó un poco de ropa blanca suya y del amo, diciendo:

— Por lo que hace al breviario lo llevaréis vos mismo.

— ¿ Pero dónde vamos ?

— Donde vayan los demas. Iremos desde luégo á la calle, y allí con lo que oigamos, veremos lo que haya que hacer.

En esto entró Ines con su lio á las espaldas y en ademan de quien va á hacer una propuesta importante.

Resuelta tambien ella á no aguardar huéspedes de tan malas mañas, sola como estaba en su casa, cón algun resto del oro del caballero del castillo, estuvo algun tiempo dudosa acerca del paraje adonde se refugiaria. El residuo de aquel dinero que tanto le habia servido durante la carestía, era justamente lo que la tenia más apurada, y la causa principal de su irresolucion, por haber oido decir que en los países invadidos los que tenían dinero lo pasaban peor que los otros, pues se hallaban expuestos á las violencias de los extranjeros, y á las insidias de algunos malos vecinos. Es cierto que acerca de aquella fortuna que tan prodigiosamente le deparó el cielo, con nadie habia hablado palabra, á excepcion de D. Abundo, á quien iba de cuando en cuando á cambiar un escudo, dejándole siempre algo para los que eran más pobres que ella. El dinero oculto, especialmente para el que no está acostumbrado á manejar cantidades, tiene al poseedor en una continua zozobra: miéntras, pues, Ines iba escondiendo por aquí, por allí, del mejor modo posible lo que no podia llevarse, y tenía puesto el pensamiento en sus escudos que llevaba cosidos en la cotilla, se acordó de que cuando se los envió el caballero, los acompañó con grandes ofrecimientos. Acordóse igualmente de lo que habia oido contar de su castillo, situado en paraje tan seguro, que, no queriendo su amo, apénas podían ir los pájaros, y resolvió buscar allí un asilo. Meditando sobre el modo como podia dársele á conocer en el castillo, se acordó de D. Abundo, quien despues del consabido coloquio con el Arzobispo, la habia mirado siempre con benevolencia, y tanto más de corazon, cuanto podia hacerlo sin comprometerse, porque estando léjos Lorenzo y Lucía, estaba tambien distante el caso de que se le pidiese una cosa que pudiera hacer vacilar su benevo-

lencia. Supuso que en aquella consternacion estaria el buen hombre más apurado y aturdido que ella, y que el partido podia parecerle excelente; por lo tanto iba á proponérselo, y habiéndole encontrado con Perpétua, se lo propuso á entrambos.

— ¿ Qué te parece, Perpétua ? — preguntó D. Abundo.

— Digo que es una inspiracion del cielo, y que no conviene perder tiempo sino tomar el camino al instante.

— ¿ Y luégo ?

— Y luégo que estemos allí, nos hallaremos muy contentos. Ahora ya se sabe que aquel caballero no piensa sino en hacer bien al prójimo; de consiguientē nos admitirá muy gustoso. Estando tan cerca de la frontera y en tanta altura, no irán sin duda á buscarnos los soldados. Allí encontraremos tambien que comer, pues en la sierra, concluida esta poca gracia de Dios (diciendo esto la iba colocando en el cuévano encima de la ropa blanca), lo hubiéramos pasado muy mal.

— ¿ Si se habrá convertido de véras ?

— Y tan de véras. ¿ Quién puede dudarle, despues de todo lo que se sabe, y que vos mismo habéis visto ?

— ¿ Y si caemos en la ratonera ?

— ¡ Qué ratonera ! Con estas cavilaciones (perdóneme usted) jamas saldremos del paso. Amiga Ines, ha tenido usted la ocurrencia más feliz del mundo.

Y puesto su cuévano sobre la mesa se le echó á las espaldas.

— ¿ No podríamos buscar algun hombre — dijo D. Abundo — que viniese con nosotros para escoltar á su cura ? Si por casualidad encontrásemos algun bribon de los muchos que andan por ahí, ¿ de qué me serviriais vosotras ?

— ¡ Vaya otra para perder más tiempo ! — exclamó Perpétua. — ¿ Y dónde está el que nos ha de acompañar ? Todos tienen mucho que hacer para guardarse á sí mismos. Ea, vaya usted á tomar su breviario y su sombrero, y vámonos.

Fuése D. Abundo; volvió al instante con su breviario de-

bajo del brazo, su sombrero en la cabeza, y su baston en la mano, y los tres salieron por un postigo que caia á la plazuela de la iglesia. Cerróle Perpétua, más bien por formalidad que porque creyese que de algo servia aquella frágil tabla, y se metió la llave en el bolsillo. Al pasar don Abundo, echó una mirada á la iglesia, y dijo entre dientes: « Á los feligreses les toca guardarla, porque es para ellos. Si tienen un poco de cariño á su iglesia, no la dejarán abandonada, y si no lo tienen, allá se las avengan. »

Tomaron el camino por la campiña callandito, pensando cada una en sus negocios, y mirando alrededor, con especialidad D. Abundo, por si veian alguna figura sospechosa ó algo que pudiese dar cuidado; pero á nadie encontraban, pues todas las gentes estaban, ó metidas en sus casas para custodiarlas, ú ocupadas en hacer su maleta, ó marchando por el camino de la sierra.

Despues de haber D. Abundo suspirado repetidas veces despues de haber soltado várias interjecciones, empezó á charlar largo y tendido. Ya la tomaba con el duque de Nevers, pudiendo estarse en Francia y vivir allí como un príncipe con comodidad y sosiego, queria ser duque de Mántua contra viento y marea; ya con el Emperador, porque debia tener el juicio que les faltaba á los otros, y dejar correr el agua hácia abajo sin tantos puntillos, pues por fin y postre, siempre sería emperador, fuese Juan ó Pedro duque de Mántua.

Contra quien sobre todo estaba á matar era con el Gobernador general, porque debiendo haber hecho todo lo posible para alejar del país aquel azote, él mismo lo traia sólo por gusto de hacer la guerra.

— Seria bien hecho — decia — que esos señores estuviesen aquí para ver y probar lo que pasa. ¡ Qué cuenta tiene que dar á Dios! Pero entretanto lo pagan los que no tienen la culpa.

— Deje usted á esas gentes, — decia Perpétua, — que no son los que han de venir á ayudarnos... Estas, perdónem

usted, son sus continuas cantinelas que para nada vienen al caso. Lo que á mi me incomoda...

— ¿ Qué es ?

Perpétua, que en aquel trecho de camino habia ido recorriendo en su memoria el zafarrancho que hizo tan aprisa en su casa, comenzó á quejarse de haber olvidado una cosa, de haber colocado mal otra, de haber dejado un rastro que podia servir de guía á los ladrones, de haber...

— ¡ Bueno! — dijo D. Abundo tranquilo ya lo suficiente respecto de su vida para poder pensar en la hacienda. — ¡ Bueno! ¡ Bien lo has hecho! ¿ Dónde diablos tenías la cabeza?

— ¿ Cómo? exclamó Perpétua parándose un momento, y poniéndose en jarras todo lo que se lo permitia el cuévano. — ¿ cómo? ¡ Ahora vendréis á reconvenirme, cuando erais vos el que no cesaba de romperme la cabeza, en lugar de ayudarme! Más cuidado he tenido con las cosas de casa que con las mías. No hubo quien me diese una mano; he hecho más de lo que podia. Si alguna cosa ha salido mal, no tengo la culpa.

Interrumpia Ines estos dimes y diretes, entrando tambien ella á hablar de sus penas, y no sentia tanto el trabajo y los perjuicios como el ver desvanecida la esperanza de volver á abrazar á su hija, siendo aquel justamente el otoño en que debian verse, pues no era de creer que doña Práxedes se aventurase á ir en aquellas circunstancias á pasar el otoño en su casa de campo, cuando más bien la hubiera abandonado, si se hubiese hallado en ella, como hacia todo el mundo.

Excitaba todavía más los tristes pensamientos de Ines, y hacia más penoso su deseo la vista de aquellos lugares. Habiendo salido de la campiña, caminaban ya por el camino real, el mismo por donde la buena mujer trajo por tan poco tiempo á su casa á Lucía despues de haber permanecido algunos dias en la del sastre; y estando ya á la vista del pueblo, dijo:

— Será regular que vayamos á saludar á esas buenas gentes.

— Y también á descansar un poco, — añadió Perpétua, — porque esta canasta ya me va pesando más de lo que yo quisiera, y luégo á tomar un bocado.

— Con condicion de que no perdamos tiempo, — dijo don Abundo, — pues no vamos viajando por diversion.

Recibiéronlos en casa del sastre con los brazos abiertos. Tuvieron en verlos un gran placer, porque les traian á la memoria una buena accion, y por eso dice aquí nuestro anónimo: « haz bien á cuantos puedas, y encontrarás con frecuencia caras que te causen alegría. »

Ines al abrazar á la buena mujer, prorumpió en un copioso llanto, y respondia entre sollozos á lo que le preguntaban acerca de Lucía la mujer y el marido.

— Mejor está que nosotros, — dijo D. Abundo: — está en Milan fuera de peligro, y léjos de estas inquietudes.

— ¿ Conque el señor Cura y todos ustedes van huyendo? — dijo el sastre.

— Cierto, — contestaron á una amo y criada.

— Les tengo lástima, — añadió el sastre.

— Nos vamos — dijo D. Abundo — al castillo de***

— ¡ Bien pensado! — contestó el sastre; — allí estarán ustedes como en el paraíso.

— ¿ Y aquí no hay miedo? — preguntó D. Abundo.

— Diré á usted, señor Cura, — contestó el sastre: — aquí en rigor no deben venir: estamos, gracias á Dios, muy fuera de camino; á lo más alguna correría, que Dios no permita; pero en todo caso hay tiempo. Hemos de tener ántes algunas noticias de los desgraciados pueblos por donde tienen que pasar, y entónces veremos

Acordaron descansar allí un poco, y como era hora de comer:

— Señores, dijo el sastre, — me harán ustedes el favor de honrar mi escasa mesa sin cumplimientos, á la buena de Dios: tendrán ustedes un plato de buena cara.

Perpétua dijo que traía alguna cosa para tomar un refrigerio, y despues de pocos cumplimientos por una y otra

parte, acordaron que se juntase todo, y que comiesen en compañía.

Los niños ya se habian puesto con gran fiesta al lado de Ines su conocida, antigua. Á la mayorcita, que ya se acordarán nuestros lectores que fué la que llevó aquel regalito á María la viuda, mandó el sastre que subiese al desvan y trajese unas castañas escogidas que habia en un rincon, y las pusiese á tostar.

— Y tú, — dijo á uno de los chicos, véte al huerto, dále una sacudida al albaricoque para que caigan unos cuantos, y tráetelos aquí; pero cuenta con que no se disminuyan en el camino; y tú, — dijo al otro, — súbete á la higuera, y tráete unos cuantos higos de los más maduros, que á fe que entrambos sabéis bien el oficio.

Y él se fué al barrilito del puro, y la mujer por un mantel limpio. Sacó Perpétua sus provisiones, se puso la mesa, un plato de pedernal, y una servilleta en el puesto de distincion para D. Abundo, con su cubierto de plata que Perpétua traía en el cuévano: se trajo la comida; se sentaron todos, y se comió, si no con grande alegría, á los ménos con mucha más de la que ninguno de los comensales podia esperar en aquel apuro.

— ¿ Qué os parece, señor cura, de este trastorno? — dijo el sastre. — Á mí me parece estar leyendo la historia de los moros en España.

— ¿ Qué queréis que me parezca? — contestó D. Abundo; — que hasta una desgracia como esta habia de caer sobre mí.

— De todos modos, ustedes — prosiguió el sastre — han escogido un buen refugio. Á la fuerza no es fácil que nadie suba á aquel vericuetto. Sobre todo, hallarán buena compañía. Se dice que ha ido allá mucha gente y todavía van algunos.

— Espero — dijo D. Abundo — que seremos bien recibidos. Conozco á ese caballero, y cuando tuve la honra de verle otra vez, me trató con mucha distincion.

— Á mí también — dijo Ines — me mandó á decir por su

Ilustrísima que cuando se me ofreciese alguna cosa, me dejase ver.

— ¡Qué milagrosa conversion! — exclamó D. Abundo. — ¿Y persevera?... ¿persevera?

El sastre contestó hablando extensamente de la santa vida del caballero del Castillo y de cómo, habiendo sido el azote del país, se había vuelto su bienhechor, sirviendo además á todos de ejemplo.

— ¿Y toda aquella gente que tenía consigo?... ¿aquella canalla?... — preguntó D. Abundo, el cual, aunque había oído decir algunas cosas de ellos, nunca se creía suficientemente informado.

— Echados la mayor parte, — contestó el sastre, — y los restantes han mudado de vida; pero ¡en qué terminos! En fin, el castillo se ha convertido en una Tebaida. Ya usted sabe lo que es eso.

Pasando luégo á hacer mencion con Ines de la visita del Cardenal, exclamaba:

— ¡Qué hombre tan grande! ¡Qué hombre!

Lavantados de la mesa, enseñó una estampa del Cardenal que tenía pegada detras de una puerta, tanto con el objeto de veneracion, como para poder decir á todos que aquel retrato no se parecia, pues él mismo había podido compararle á su gusto con el original en aquel propio aposento.

— ¿Cómo? ¿Y este dicen que es su retrato? dijo Ines; — en el vestido se le parece, pero...

— ¿Es verdad que no se le parece? — replicó el sastre. — Tambien yo lo digo; pero, en fin, como esta puesto debajo el nombre, es una memoria.

D. Abundo empezó á meter prisa. El sastre se empeñó en buscar un carro que los condujese hasta el pié de la cuesta: fué corriendo á practicar la diligencia, y volviéndose luégo á D. Abundo añadió:

— Señor Cura, si usted quisiese llevarse allá arriba algun libro, yo puedo servirlo, porque tambien me divierto un poco

leyendo. Bien sé que no son libros para usted, porque están en lengua vulgar; pero...

— ¡Gracias! ¡gracias! contestó D. Abundo; — en estas cir-



Enseñó una estampa del Cardenal.

constancias no tiene uno la cabeza para nada; apenas puede uno hacer lo que es de su obligacion.

Mientras se dan y se rehusan las gracias, mientras se truecan las expresiones de sentimiento, de despedida, des ofrecimiento y de promesas de detenerse otra vez á su re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ARANDA"
Fondo. 1985 MONTANEY, MEXICO

greso, llega el carro á la puerta. Se colocan en él los cuévanos, suben los viajeros, y emprenden con alguna mayor comodidad y ánimo más tranquilo la segunda mitad de su caminata.

Lo que el sastre dijo á D. Abundo acerca del caballero del castillo era la verdad. Desde el dia que le dejamos continuaba haciendo lo que se habia propuesto; á saber, reparar daños, pedir perdones, socorrer desvalidos, en una palabra, hacer todo el bien que podia. Aquel valor que empleó en otro tiempo para ofender y defenderse, lo empleaba ahora en no hacer ni la una ni la otra cosa. Se habia desprendido de todas las armas, y caminaba solo, dispuesto á sufrir todas las consecuencias posibles de tantas violencias como habia cometido; sin embargo, estaba más seguro que cuando tenia para su defensa armados tantos brazos. Los ofendidos habian conseguido, inesperadamente y sin peligro, una satisfaccion que nunca hubieran podido prometerse de la más afortunada venganza. Los odios antiguos y más pertinaces se hallaban contenidos por la veneracion que el público manifestaba hácia aquel hombre tan penitente y benéfico.

Estas mismas causas y otras apartaban de él la animadversion de la autoridad pública, proporcionándole tambien por esta parte una seguridad de que no se cuidaba mucho. La clase y los parientes, que en otro tiempo le habian servido de defensa, le valian mucho más ahora que al nombre ilustre se agregaba la recomendacion personal y la gloria de la conversion. Alegrábanse de esto tanto los magistrados como los grandes y el pueblo, y hubiera parecido cosa extraña el atropellar al que habia sido objeto de tantas congratulaciones; ademas de que una autoridad ocupada en una guerra perpétua, y á veces desgraciada, no podia dejar de estar contenta al verse libre de la más indómita y molesta, tanto más cuanto aquella conversion producía indemnizaciones, que la autoridad no estaba acostumbrada ni á conseguir ni á reclamar. Incomodar á un santo no parecia un buen medio para quitarse de encima el oprobio de no haber sabido reprimir á

un facineroso, y el ejemplo que se hubiera hecho en él no hubiera producido otro efecto más que él de impedir que se enmendasen sus semejantes. Probablemente tambien parte que en aquella conversion habia tenido el cardenal Borromeo, y su nombre asociado en cierto modo con el del convertido, le servia á este de escudo. Y en aquel estado de cosas y de ideas, en aquellas relaciones particulares de la autoridad espiritual y el poder civil, que luchaban con tanta frecuencia uno contra otro, sin tratar jamas de destruirse, y por lo contrario, mezclando siempre con las hostilidades actos de reconocimiento y protestas de deferencia, y que frecuentemente marchaban unidos á un mismo fin sin hacer jamas las paces, pudo parecer en algun modo que la reconciliacion de la primera incluía, si no la absolucion, á lo ménos el olvido de la segunda, cuando aquella sola habia trabajado en producir un efecto que ambas deseaban.

De esta manera aquel hombre, sobre el cual se hubieran arrojado grandes y pequeños, habiéndose echado á tierra él mismo voluntariamente, era respetado de todos y admirado de muchos.

Verdad es que no dejaba de haber algunos á quienes no debió causar grande satisfaccion aquella ruidosa mudanza. Estos eran los socios suyos en el delito, los cuales perdian una gran fuerza con que solian contar, y que hallaban de un golpe rotos los hilos de tramas urdidas de largo tiempo, cuando aguardaban la noticia de su ejecucion. Ya hemos visto la diversidad de sentimientos que aquella conversion excitó en los bravos que se hallaban entónces con su amo, y que la oyeron de su propia boca; á saber, asombro, pena, abatimiento, disgusto; pero de manera alguna desprecio ni odio. Lo mismo sucedió con respecto á los que tenia diseminados en varios puntos, y lo mismo con respecto á sus cómplices de suposicion, cuando llegó á oídos de ellos la terrible noticia, y en todos obró la misma causa; más bien sobre el Cardenal fué sobre quien recayó no poca ojeriza, porque le miraban como una persona que se habia entrometido en sus negocios,

cuando con respecto al caballero nadie tenía razón de quejarse de que hubiese querido salvar su alma.

Ya poco á poco la mayor parte de sus satélites domésticos, no pudiendo avenirse á la nueva disciplina, y no viendo probabilidad de que pudiera mudarse, habia tomado diversos rumbos. Unos buscarían nuevo amo, y acaso entre los amigos antiguos del que dejaban; otros se alistarían en algun *tercio*, como se decia entonces, de España, de Mántua ó de otra potencia beligerante; otros se echarían al camino para hacer la guerra por menor y de su cuenta, y algunos se contentarían con ir briboneando en libertad. Por lo que toca á los que pudieron acostumbrarse al nuevo tenor de vida, y que le abrazaron gustosos, la mayor parte naturales del valle, volvieron al campo, ó al oficio que aprendieron en su juventud; los forasteros quedaron en el castillo en calidad de domésticos, y arrepentidos al mismo tiempo como su amo, lo pasaban del mismo modo sin hacer ni recibir daño alguno.

Pero cuando con motivo de la entrada de las tropas alemanas llegaron al castillo pidiendo asilo algunos fugitivos de los países invadidos ó amenazados, muy gozoso el caballero de que considerasen como un refugio para los débiles aquellos muros que de tanto tiempo se miraban de lejos con terror, acogió á los infelices con expresiones más bien de agradecimiento que de urbanidad; hizo correr la voz de que su casa estaba abierta para todos los que quisiesen acogerse á ella, y pensó inmediatamente en poner en estado de defensa no sólo el castillo, sino tambien el valle para el caso que quisiesen ir á hacer de las suyas los Lanziquenescos ó los Capeletes.

Reunió á los criados que habian quedado con él; les hizo una plática acerca de la buena ocasion que Dios les ofrecía para emplearse una vez en beneficio de su prójimo, que tanto habian oprimido y aterrado ántes, y con su antiguo tono de mando, que expresaba la certeza de la obediencia, les explicó en general lo que trataba de hacer, y sobre todo les prescribió el modo como debían conducirse para que las gentes que iban á guarecerse al castillo no viesen en ellos sino

amigos y defensores. Dispuso luego que se bajasen de un desvan todas las armas blancas y de fuego que de largo tiempo se hallaban allí amontonadas, y se las distribuyó entre todos. Mandó decir á sus dependientes y colonos del valle que todos los que quisiesen armas para defenderse fuesen al cas-



Él entretanto estaba dentro y fuera del castillo, arriba, abajo.

tillo por ellas: eligió á algunos para que hiciesen las veces de oficiales; señaló los puestos que debían guardar, tanto en el valle como á su entrada, en la cuesta, y en la puerta del castillo, y estableció las horas de remudarse como en un campamento, y del modo que estaba acostumbrado en los tiempos de su depravada vida.

En un rincón del expresado desvan estaban separadas de las demas las armas de que se habia servido, como su farr.osa

carabina, su espada, sable, puñal y pistolas. Ninguno de los criados echó mano de ellas, y uno le preguntó cuáles quería que le bajase : ninguna, respondió, y bien fuese por voto, ó por otro motivo, lo cierto es que siempre quedó desarmado á la cabeza de aquella especie de guarnicion.

Al mismo tiempo dió ocupacion á las mujeres y otros criados, poniendo á su cargo el preparar el alojamiento en el castillo para cuantas personas cupiesen en él, disponiendo colchones y tablados en las salas convertidas en dormitorios. Dió asimismo órdenes de reunir provisiones para la manutencion de los huéspedes que Dios les enviase, y que efectivamente se aumentaban todos los dias. Él entretanto estaba en continuo movimiento dentro y fuera del castillo, arriba, abajo, y por el valle, ocupándose en establecer, reforzar y visitar los puestos, en ver y dejarse ver, y en ponerlo todo en órden con la vista, las palabras, y su presencia. Así dentro de casa, como en el camino, acogia con tanto agrado á cuantos se le presentaban, que todos le miraban extáticos, olvidando un momento los motivos que les obligaban á buscar aquel refugio, y se volvian á mirarle, cuando separándose de ellos proseguia su camino.

CAPÍTULO XXX

Aunque la mayor concurrencia no venía del lado por el cual se acercaban nuestros fugitivos, sin embargo, en la segunda mitad del camino principiaron á encontrar compañeros de viaje y de desgracia que, saliendo de sendas y atajos, entraban en el camino principal. En semejantes casos todos los que se encuentran se hacen conocidos. Cada vez que el carro encontraba algun viajero, se entablaba una conferencia de

preguntas y respuestas reciprocas. Unos habian escapado como los nuestros, sin aguardar la llegada de los soldados; otros habian oido las cajas y los timbales, y otros los habian visto, y los pintaban con los colores que les sugeria su atemorizada imaginacion.

— Por fin no somos tan desgraciados, — decian las dos mujeres. — Demos gracias á Dios : aunque se pierda algo, al ménos estamos fuera de riesgo.

Pero D. Abundo no juzgaba que hubiese tantos motivos para cantar victoria : por el contrario, aquella concurrencia empezaba á dar márgen á sus cavilaciones.

— ¡ Me parece que lo erramos ! — decia entre dientes á las mujeres, cuando nadie habia delante. — ¡ Lo erramos sin duda ! ¿ No os hacéis cargo de que reuniéndose tanta gente en un punto, equivale á llamar allí los soldados ? Todos ocultan, todos se llevan cosas, y como nada queda en las casas, se figuran que aquí hay el oro y el moro. Me parece que no nos escapamos. ¡ Dios mio ! ¡ en dónde me he metido !

— ¿ Cómo han de venir aqui ? — decia Perpétua : — tienen que seguir su camino, y luégo yo he oido siempre decir que en los riesgos es mejor ser mucha gente.

— Mucha gente, — replicó D. Abundo. — ¡ Pobre tonta ! ¿ No sabes que cada Lanziqueneco se come ciento de estos infelices ? Y dado caso que quisiesen hacer la locura de resistirse, es en verdad cosa muy agradable hallarse en una batalla... ¡ Desgraciado de mí ! Méno mal hubiera sido marcharnos á la sierra. No es mala extravagancia querer ir todos á un mismo paraje... ¡ Imprudentes ! — decia en voz baja. — ¡ Todos aqui !... ¡ unos tras de otros, lo mismo que carneros !...

— Segun eso, — interrumpió Ines, — ellos tambien podrian decir lo mismo de nosotros.

— Ea, callad, — dijo D. Abundo : — callad, que de nada sirven las bachillerías. Ya no hay remedio ; ya lo hemos hecho, y tenemos que aguantar. Será lo que Dios fuere servido.